

El que ha visto alguna vez un retrato de Gabriela Mistral la imagina como una mujer de rasgos duros, que recuerda en algo las líneas abultadas de la máscara de Rubén Darío. El retrato que más ha popularizado su fisonomía nos la presenta así, con los párpados tristemente caídos y los labios apretados en un pliegue doloroso. Pero esa expresión ásperamente viril se borra cuando se la ve. Comprendemos en seguida que Gabriela Mistral es distinta y su mirada y su voz nos dan una imagen diferente, que invade sin esfuerzo la intimidad de nuestra simpatía y nos pone en contacto con el fondo de su espíritu. Así se me apareció una tarde en Santiago. Ceñía su cabeza un pañuelo de seda azul, que descendía hacia un lado, por el hombro, en un copo vasto y oscuro. ¿Qué impresión confusa removía en mi memoria? No creáis que al contemplarla evocaba los seres poéticos estilizados por la tradición literaria y que concebimos, en su prestancia magistral, con los atributos reales del esplendor y de la belleza. Y a pesar de alejarse tanto de las figuras femeninas que resumen en su apariencia un ideal de perfección, pensé, al hallarme delante de ella, en los versos que el poeta principesco, el ingenioso y galante Carlos de Orleans, consagra a Bonne d'Armagnac:

Dieu! qu'il fait bon la regarder

Pensé más bien en las heroínas de las leyendas rurales y en las efigies que exornan los viejos devocionarios. Parecíame una campesina venida a la ciudad, y que en medio del tumulto urbano conservaba el ademán desenvuelto y amplio de la labradora que siembra, o una santa, como debían ser las santas en la realidad de su piadosa militación y que vemos surgir en las láminas con el gesto en que se adivinan las cosas que no caben en el espacio de la palabra:

Pour les grands biens qui sont en elle,
chacun est prest a la louer...

Si; por «los grandes bienes que hay en ella», como dice el linajudo coplero, todos están prontos para alabarla y todos la alaban en Chile. Las personas eminentes y las pequeñas y borrosas personas de la multitud hablan de Gabriela Mistral con respeto religioso. El que escribe y el que lee coinciden

Gabriela Mistral



Por

ALBERTO GERCHUNOFF

Apunte de DELUCCHI

al juzgarla. ¿Qué escritor chileno no se ha detenido para componer su elogio y para cifrar en ese loor, no ya una emoción profesional, sino de un orden más alto y más permanente? Es que ven en la obra de la poetisa, en sus canciones melancólicas o meditativas, su vida completa, su vocación social, su actitud ante lo que nos interesa más hondamente que una momentánea sensación encerrada en el momentáneo atavío de una forma artística. Con ello se dice, pues, que además del mérito esencial de su literatura se le confiere otro de más trascendente valor y que emana de su virtud moral. Ha logrado que sus poesías reflejen con rara fidelidad lo que ella es en lo profundo de su sentimiento, sin reatos y sin atenuaciones, en la plenitud variable de su conciencia. Ese reflejo constante no es la suma del desorden en que se agita el artista, con su pensamiento contradictorio, con sus vacilaciones ante cada suceso del mundo o de la naturaleza, sino la traslación al acento modulado de la libertad valerosa con que plantea los problemas y la decisión con que los resuelve. Así es cómo ha vivido y vive y así es cómo lo repite en el eco suelto, breve y rudo, de sus melodías.

Los años de Gabriela Mistral han transcurrido en la paz de los pueblos reducidos, en la monotonía mortecina de la provincia, donde la existencia gira en torno de lo nimio, de lo pueril y de lo grande con la misma falta de sentido de comparación y produce, por ende, en los que tienen la aptitud de interpretar los acontecimientos, esa visión deformada y esa tendencia a lo absoluto que forja a los poetas. Gabriela Mistral—o Gabriela, como la llaman en Chile con difundida familiaridad—fué desde joven preceptora y tuvo en el ejercicio de la enseñanza un motivo de expansión para su espíritu y un móvil para desenvolver en la actividad práctica su instinto de bien colectivo, que se revela en ella con la vehemencia conmovida de un don maternal. Es interesante oír contar anécdotas de su vida escolar. Su bondad resignada y doliente, traducida en una sumisión inalterable, se armonizaba al propio tiempo con una especie de altivez de carácter que cobraba rasgos de salvaje independencia. Los maestros, las directoras de escuela, que son, por lo común, almas amasadas sobre una norma única, sin variedad libre, y que se atienen al precedente establecido con rigor